Ediciones 150 Bustelque
SHERLOCK HOLMES
desafía a la muerte
NIGEL BRUCE
BASIL RATHBONE

# SHERLOCK HOLMES DESAFIA A LA MUERTE

Emocionante asunto, de extraordinaria intriga

Dirección

ROY WILLIAM NEIL

Producción

UNIVERSAL

Distribución

BALET Y BLAY

Principales interpretes:

**NIGEL BRUCE**

**BASIL RATHBONE**

Argumento narrado
por Ediciones Bistagne
Prohibida la reproducción

Vda. J. Ferrer Coll - Valencia, 141

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

# Sherlock Holmes desafía a la muerte

## (SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

—¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!...

El cuervo repetía insaciablemente esta palabra dando un aire siniestro al establecimiento donde los marineros acudían a beber y a divertirse en sus horas libres, cuando el barco arribaba a puerto.

—¡Sangre!... ¡Sangre!...

El propietario del establecimiento y del cuervo explicó a los allí reunidos, a quienes había llamado la atención la insistencia de aquella palabra fatídica:

—El cuervo pertenecía en otros tiempos a la familia de Musgrave Manor. Musgrave Manor está fuera del pueblo, carretera abajo, pasado la puerta de hierro. No le darán la bienvenida en Musgrave Manor. Sus propietarios son de una raza maldita. Llevan allí siglos de feudalismos, casi desde que el mundo es mundo, y si aquellas paredes hablaran espantarían sus relatos. Hay quien dice haber visto fuegos fatuos por el invernadero, y ha escuchado el gemir de ánimas en pena. Yo, por mi parte, nada envidio a los Musgrave. Son duros, como todos sus antepasados, y crueles... ¡Pero que Dios se apiade de ellos, porque el día se acerca en que necesitarán piedad!...

* * *

Las palabras del tabernero eran como una amenaza o como una profecía.

En Musgrave Manor vivían, en la actualidad, multitud de personas, ya que sus propietarios habían cedido parte del inmenso castillo a un médico que tenía a su cuidado algunos enfermos mentales y al que ayudaba un colega, además de una enfermera. Los Musgrave eran tres hermanos: dos varones y una hembra. Había, además, todo el servicio necesario para atender las múltiples tareas de tan complicada mansión, presidido por el grave y serio e impecable Brunton, el más perfecto de los mayordomos y el que venía sirviendo en la casa desde antes de que sus actuales propietarios hubieran venido al mundo.

Aquella noche el viento azotaba implacable las recias paredes del edificio y se filtraba por las ventanas barriendo los largos pasillos con un aullido lúgubre y plañidero. Los enfermos del doctor Watson estaban más nerviosos que de costumbre y Brunton andaba de un lado a otro, como ánima en pena, con pasos silenciosos e imperceptibles, como tigre que acecha una presa en la noche tormentosa y obscura de la selva. Y así vió como varios de los enfermos, el capitán Vichery, el comandante Langfort y el teniente Clavering, habían salido de la casa, sin hacer caso del vendaval ni de la tormenta que se desencadenaba sobre el castillo.

De pronto Brunton se encontró con el doctor Watson y procuró disimular aquella vigilancia que parecía ejercer a lo largo de todos los corredores y de las estancias que a ellos daban, saludándole con su fina cortesía de criado, no exenta de un tono irónico que a veces molestaba al doctor.

Cambiaron un frío saludo de "buenas noches", hablaron un momento de la tormenta y de los enfermos y, cuando ya iba a seguir cada uno de ellos su camino, entró, pálido, ensangrentado, tambaleándose, el doctor Sexton, el ayudante de Watson, que corrió a socorrerle al verle en aquel estado.

Ayudado por el mayordomo, Watson practicó la cura de urgencia. Sexton presentaba una profunda herida en el cuello hecha por arma blanca. Milagrosamente no le habían seccionado la yugular. Era espantoso el aspecto que ofrecía.

—¿Qué ha pasado?—inquirió Watson, cuando vió más tranquilo al herido.

—Apenas lo sé—replicó Sexton con voz débil—. Fué en el paseo de los tilos. Regresaba del pueblo. Me acerqué al invernaderó. El viento era terrible. Me costaba trabajo andar... cuando de pronto, por sorpresa, me vi agredido... Me dió un golpe terrible, me derribó... Debió creer que me había matado.

—Pero ¿quién era el agresor? ¿Quién era?—inquirió Watson con ansia.

—No puedo decirlo... No tengo derecho a decirlo...

—Le sobra derecho, doctor Sexton—interrumpió la voz de Geoffrey Musgrave, el mayor de los hermanos Musgrave, apareciendo ante los tres hombres como por arte de magia—. Daré los pasos necesarios para que se realice una investigación. El hecho de que mi hermana, mi hermano y yo hayamos cedido parte de la casa a enfermos... no nos exime de la responsabilidad de lo que en ella ocurra...

En aquel momento, el gran reloj de pared hizo escuchar su campana. Escucharon su sonido, sobrecogidos, los presentes y se asombraron al contar trece campanadas.

—¡Trece campanadas!—exclamó Brunton con aire profético—. La noche en que ese reloj sonó trece campanadas, Sir Geoffrey, fué la noche en que murió su señor padre, Lord Musgrave...

Avisado oportunamente por el propio doctor Watson, llegó al día siguiente a Musgrave Manor el gran detective Sherlock Holmes.

—Las casas, como los hombres, tienen personalidad—

*Avisado oportunamente por el propio doctor Watson, llegó al día siguiente a Musgrave Manor el gran detective Sherlock Holmes.*

dijo Holmes al penetrar en el jardín del castillo acompañado del doctor Watson—. Esta mansión es espectral, y el jardín tiene todas las características de pasearse por él, en las noches tormentosas, fantasmas atormentados... Pero, ¿qué es aquel montón de hojas hacinado frente a la puerta del invernadero?

Se acercaron al montón de hojas secas, hurgó Holmes en él y apareció el cadáver de Geoffrey Musgrave, vilmente asesinado.

Holmes comenzó a encontrar verdaderamente interesante el caso. Había ido a Musgrave Manor sin entusiasmo, sólo por complacer a su viejo amigo Watson; pero ahora creía que se le presentaba una ocasión única para reafirmar la fama de su trabajo detectivesco.

Practicó algunas investigaciones, interrogó a sanos y enfermos, habló con Brunton, con el ama de llaves, con el propio Sexton, que no sabía explicar cómo ni por quién había sido agredido, pero que llevaba la marca de la agresión, bien palpable, en el cuello.

Se entretuvo mucho contemplando todo el instrumental quirúrgico del doctor Watson y murmuró:

—Los instrumentos que salvan la vida parecen igual que los que la quitan...

Luego, volviéndose a Brunton, le ordenó:

—Vaya usted ahora mismo al paseo de los Tilos, Brunton.

Púsose éste pálido, titubeó y se excusó:

—¡Oh... no, no podría! Lo siento. Pero no podría presenciar yo solo la vista de un cadáver...

—¿Y cómo sabe usted que hay un cadáver en la avenida de los Tilos?—preguntó Holmes, mirando fijamente al mayordomo.

—Verá... lo sé porque... porque estaba escuchando de-

*Practicó algunas investigaciones...*

*...Interrogó a sanos y enfermos...*

trás de la puerta cuando le explicó usted a Mr. Philips Musgrave.

Holmes no insistió. Visitó, uno por uno, á todos los enfermos de Watson y cuando estaba más entretenido con ellos, se volvió al doctor y le preguntó:

—¿Sabe usted qué le produjo la muerte a Geoffrey Musgrave.

—Sí; la fractura del cráneo. Esto, en apariencia; pero la realidad es que no hay edema, ni sangre, ni contracción de los tejidos...

— porque el golpe se lo dieron después de muerto —concluyó Holmes, viendo que Watson se detenía, reflexionando— A Musgrave le mataron introduciendo un instrumento entre la base del cráneo y una vértebra.

Les interrumpió la conversación el llanto desolado y trágico de Sally Musgrave que acababa de enterarse de la muerte de su hermano Geoffrey y de que se acusaba a Pat Vickery del asesinato. Pat y Sally se amaban; pero Geoffrey se había opuesto rotundamente a aquellos amores. Era ésta la razón de que ahora se sospechara del capitán Vickery y de que se le sometiera a un estrecho interrogatorio.

Cuando Sally supo que Holmes era detective imploró su auxilio, le rogó que no abandonara a Vickery, que le ayudara, que no dejara le acusaran siendo, como era, inocente.

—¿Le ama usted mucho, verdad?—pregunta Holmes, sonriendo.

—Sí, con toda mi alma... Estoy loca por él... Ayúdeme, Mr. Holmes, ayúdeme... No deje que le acusen... Pretenden que le ha matado dándole un golpe con el rastrillo del jardinero... ¡Y yo sé que es inocente!

Holmes se inclinaba a creer en la inocencia de Vickery, aunque no daba a entender ninguna de sus sensaciones; pero Philip Musgrave le acusaba también. Sabía que había discutido con Geoffrey por las relaciones que sostenía con Sally y que se oponía a aquel casamiento, por lo cual era más que probable que el asesino de Geoffrey fuera Vickery, para que le quedara libre el camino de llegar hasta Sally.

Al quedar Sally como heredera de la fortuna de los Musgrave, por la muerte del mayor de los hermanos, Philip tuvo gran empeño en que se cumpliera un antiguo rito familiar, repitiendo cierta fórmula ante el cadáver de Geoffrey, en presencia de todos los habitantes de la casa. El rito era macabro, pero no hubo más remedio que cumplirlo y la desdichada Sally, ante el cadáver de Geoffrey, fué repitiendo la extraña fórmula que Sherlock Holmes escuchó atentamente. Decía así:

*"Para el el primero,*
*la muerte quiero.*
*Para el segundo,*

*Era ésta la razón de que se sospechara del capitán Vickery.*

*—Le ama usted mucho, ¿verdad?*

*fuera del mundo.*
*El tercio, empero,*
*la suerte aporta*
*y el fuerte nodo*
*descubre y corta.*
*¿Do estaba la luz?*
*En la faz del mensajero.*
*¿Y el que guardaba*
*de la reina al paje?*
*¿Qué enemigo avanza?*
*De un alfil al paje sudas*
*¿A quién cierra el paso?*
*Al paje del Rey.*

*—Ayúdeme, Mr. Holmes, ayúdeme...*

*¿Quién a matarle vino?*
*Alfil sanguinario.*
*¿Dónde ha de ir?*
*A lo más profundo*
*do el trueno no alcanza*
*abonde su lanza."*

Sólo una vez, Sally titubeó en aquella letra extraña y sin sentido, y fué Brunton quien la guió, repitiéndole las palabras que se le habían olvidado.

Unas horas más tarde, estando Brunton poseído de una regular borrachera, fué interrogado por Holmes, a quien había llamado la atención que el mayordomo conociera tan a fondo la letrilla del rito. Pero Brunton se limitó a decir que la había oído muchas veces y que, como nada significaba, se le había quedado fija en la memoria.

—Pero... ¿y si tuviera significado?—arguyó Holmes—. ¿Y si hubiera relación entre ese rito y la muerte de Geoffrey Musgrave?

—¡Quién sabe!—contestó el borracho—. Por eso brindo por todos los Musgrave, vivos y muertos... Unos eran asesinos, y otros eran algo peor... pero todos sabían guardar un secreto... como lo sé guardar yo...

En aquel momento sonó el gran reloj, y volvió a hacer oír sus trece fatídicas campanadas.

—¡Trece! —murmuró Brunton, como saliendo de su inconsciencia—. ¿A quién le tocará ahora...?

Al día siguiente y cuando Holmes, en compañía del doctor Watson, se encontraba en la taberna del pueblo, en busca de Brunton, al que Philip Musgrave había despedido violentamente la noche anterior, acudió en demanda de auxilio Sally Musgrave. En parte alguna del castillo encontraba a su hermano Philip y temía que una nueva desgracia se

cumiera sobre aquel castillo que parecía estar maldito.

Holmes inspeccionó el castillo, llegando hasta la habitación de Philip y sacando como consecuencia que la noche anterior Philip había recibido una visita. Las huellas eran de un hombre corpulento o de alguien que iba cargado con un peso muy grande.

—Sin duda la carga era del cuerpo de Philip Musgrave y las huellas eran de las pisadas de Brunton—dijo el inspector Lestrade que había venido también de Londres para practicar la investigación de aquellos crímenes.

—No creo que sea Brunton el asesino... ¿Por qué motivo hubiera matado a Geoffrey Musgrave? Sin embargo, una misma persona ha matado a los dos hermanos—replicó Holmes, quedándose pensativo.

La verdad era que Brunton también había desaparecido y no quedaba huella alguna suya en todo el castillo. Holmes pensó que en mansiones como aquélla siempre debía haber pasadizos subterráneos. Y lo mismo le ocurrió a Lestrade. Ambos sabían que en todos los castillos del tipo de Musgrave Manor hay siempre escondrijos profundos, pasadizos recónditos, caminos subterráneos que conducen a las afueras... Y los dos comenzaron a buscar una misma cosa. Y los dos encontraron el pasadizo y, en lo más profundo de él, encontraron también al ama de llaves que buscaba algo en aquellas profundidades.

—¿Por dónde ha entrado usted en este pasadizo?—le preguntó Holmes, sin dejarla reponer de la sorpresa que su presencia le había producido.

—He entrado por el invernadero del paseo de los Tilos—respondió la extraña mujer.

—Bien... Ya sabemos que usted estaba casada con Brunton... y si no es su cómplice es, por lo menos, su encubridora... Usted sabe que han matado también a Philip Musgrave... y que le han sacado por el invernadero, le han llevado al garaje y le han metido en el portaequipajes del coche... De suerte que tanto usted como su marido son autores de este asesinato. Yo vi a Brunton como entraba anoche en el cuarto de Philip.

—Sí, fué a verle, pero sólo para hablarle de la letra del ritual—replicó el ama de llaves.

—¡El ritual! Otra vez ese extraño rito... He encontrado en el cuarto de Brunton esta pequeña nota: "Si a mí algún mal me sucediera, moral o incluso material, la clave de ello tal vez la diera el ya famoso ritual". Lo cual quiere decir —concluyó Holmes—que el ritual es la clave del asunto y que debemos hallarlo, cueste lo que cueste.

Holmes se dedicó a buscar el original de la letra del ritual. Sally parecía haberlo hecho desaparecer por temor a la superstición que encerraban las misteriosas palabras. A fuerza de ingenio y de trabajo Holmes lo descubrió escondido en la caja del reloj, y entonces tuvo la visión clara de que todo aquello no era más que un juego de ajedrez: la dama, el rey, el alfil, el peón... Convocó a todo el personal de la casa en el hall, cuyas grandes losas, blancas y negras, semejaban un tablero de ajedrez, y comenzó a mover lo que él llamaba "piezas", según la letrilla del ritual... y de pronto se abrió una losa y apareció la escalera de un pasadizo subterráneo.

—¿Qué hay debajo de aquí?—preguntó al ama de llaves.

—Un sótano antiguo... pero está cerrado desde hace siglos. Uno de los Musgrave mató a su propio hermano allí...

Holmes puso toda su atención en aquel pasadizo... Se adentró en él y encontró a Lestrade que se había perdido por todos los subterráneos pasadizos y salió a la luz del día pálido como un cadáver.

*Holmes se dedicó a buscar el original de la letra del ritual...*

—¡Creí que quedaría sepultado en vida!—suspiró, al verse libre.

Holmes siguió investigando. Iba con una linterna sorda, a lo largo del pasillo, hasta llegar a una gran cámara mortuoria donde estaban enterrados los Musgrave... y allí, tendido en el suelo, frío ya, encontró el cadáver de Brunton, asesinado también como lo habían sido Geoffrey y Philip Musgrave...

Watson y su ayudante el doctor Sexton se reunieron a él, muy interesados por aquel nuevo encuentro que daba cada vez mayor misterio a la serie de crímenes cometidos en tan breve espacio de tiempo.

*Sally parecía haberlo hecho desaparecer...*

—¿Hay alguna pista?—preguntó Watson acercándose al cadáver.

—Sólo hay esto, junto a la mano... parecen arañazos hechos con las uñas... Sí, sí, no hay duda. Brunton intentó escribir algo antes de morir... seguramente quiso escribir el nombre del asesino... Hemos de colaborar todos en la investigación de estos hechos. No hay duda de que el criminal está en la casa... que es alguno de nosotros—aseguró Holmes, sin excluirse a él de aquella posibilidad.

Dió órdenes a cada uno para que vigilaran todas las puertas de acceso no sólo a la casa, sino al pasadizo secreto

*Iba con una linterna sorda a lo largo del pasillo.*

y fingió tener que ausentarse por breves horas, por reclamarle un servicio urgente en Londres.

Lo que en realidad hizo, cuando ya todos estaban apostados cada uno en su lugar, cuando ya todos le creían ausente, fué bajar de nuevo a la cripta, silenciosamente, con paso de lobo, sirviéndose de su instinto de orientación, sin lámpara alguna para no levantar sospechas. Tenía la seguridad de que el asesino volvería a bajar también al sótano para borrar aquello que Brunton, en su agonía, quiso escribir.

El que estaba en la cripta era el doctor Sexton. Holmes le cogió en el momento en que iba a levantar el pañuelo con que él mismo había cubierto la inscripción a fin de que no se borrara.

—Bueno... bueno—sonrió Holmes, satisfecho de su instinto policíaco—. Le puedo asegurar que en el suelo no hay inscripción alguna y que todo ha sido estratagema mía para descubrir al asesino... Permítame que encienda ahora la lámpara para ver la cara del asesino.

—¿Asesino, yo? No olvide que también yo fuí agredido —protestó Sexton, que estaba más lívido que el propio Brunton.

—Esa fué una buena idea para alejar sospechas; pero me pareció un poco raro que el hombre que había matado

*...encontré el cadáver de Brunton, frío ya...*

*Brunton intentó escribir algo antes de morir...*

con tal pericia a los Musgrave, fracasara en su caso... a menos que fuera usted mismo el asesino... Como también me pareció raro que no descubriera usted el sistema empleado por el asesino... Esa aguja introducida entre la base del cráneo y la primera vértebra... Este trozo de aguja lo extraje yo mismo de la cabeza de Philip Musgrave... Es la misma aguja que vi yo en su estuche la noche en que llegué a esta casa poco después del asesinato de Geoffrey... Entre buena gente, el crimen, como el matrimonio, suele obedecer a un motivo... y en este caso el motivo del crimen era precisamente el matrimonio... Usted había descubierto la clave del ritual cifrado... y sabía que Sally Musgrave, con la muerte de sus dos hermanos, iba a ser la heredera más rica de todo Inglaterra...

—Muy bien... Cualquiera le creería a usted muy sagaz... ¿Pero qué explicación da para hacerme el asesino de Brunton?—inquirió Sexton, cada vez más pálido y más turbado.

—Muy sencilla: Mató usted a Philip Musgrave en su propio cuarto, luego se llevó el cadáver por el pasillo y lo trasladó al garaje, donde le metió en el portaequipajes del coche... Pero hubo un testigo de aquello: Brunton estaba allí durmiendo la mona... Por esta razón le atrajo aquí, prometiéndole parte del tesoro de los Musgrave... y por esto le asesinó.

*—Hemos de colaborar todos en la investigación de estos hechos.*

—Parece usted tenerlo todo... salvo un detalle insignificante: pruebas de lo que dice—murmuró Sexton, mientras urdía una trampa para lograr abalanzarse sobre Holmes, desarmarle y hacerle frente, con la intención de deshacerse también de aquel hombre que había descubierto todos sus crímenes.

Holmes hizo un alarde de sangre fría y de credulidad. Luchó, se dejó desposeer de la pistola, dejó que Sexton se apoderara de aquella aguja que era la prueba más idónea de lo que él sostenía, dió a Sexton toda la apariencia de hallarse vencido, y fué entonces cuando Sexton confesó la verdad de sus crímenes, creyéndose ya a salvo de toda responsabilidad.

*—¿Asesino yo? No olvide que también yo fui agredido...*

Aquella confesión fué escuchada por Watson y Lestrade, apostados en puestos estratégicos a tal fin. La pistola era simplemente de explosión. Sexton no pudo vengarse y cayó en sus propias redes, reconociendo el valor y la pericia de aquel detective que había superado el miedo a la muerte, desafiándola valientemente.

Y así Sally Musgrave pudo realizar el sueño de su vida: casarse con el capitán Vickery, al que amaba con toda su alma, después de haber renunciado a la fabulosa herencia, que legó a los pobres labradores que de ella vivían desde hacía muchos años.

Mientras se alejaba el auto que se llevaba a los novios camino de la felicidad, Holmes decía a Watson:

*Sexton no pudo vengarse y cayó en sus propias redes.*

*Y así Sally Musgrave pudo realizar el mejor sueño de su vida: casarse con el capitán Vickery...*

*...después de haber renunciado a la fabulosa herencia, que legó a los pobres labradores...*

—Bendita sea esa deliciosa criatura. No se arrepentirá nunca de su generosa acción. Hay un espíritu nuevo en la tierra. La avaricia ya no impera como antaño. Ahora se empieza a pensar en lo que se debe a un semejante y no en lo que se nos obliga a darle. Se aproxima el tiempo en que no podremos comer tranquilamente, mientras otros pasan hambre; ni dormir bien calientes mientras otros tiritan; ni impetrar la bendición divina mientras haya en el mundo hombres que gimen bajo el yugo de una esclavitud física o moral...

—Así sea—repitió Watson, agitando en el aire la mano en señal de despedida a aquellos que habían vencido todos los obstáculos y que habían logrado encontrar el verdadero camino del amor.

FIN

## NUMEROS PUBLICADOS

**El signo del Zorro,** por Tyrone Power.

**El libro de la selva,** por Sabú

**¡Qué verde era mi valle!** por Walter Pidgeon.

**El hijo de Montecristo,** por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.

**El capitán Cautela,** por Víctor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.

**Estudiantes en Oxford,** por Stan Laurel y Oliver Hardy.

**Cumbres borrascosas,** por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.

**La jungla en armas,** por Gary Cooper y David Niven.

**El ladrón de Bagdad,** por Sabú

**Marinos a la fuerza,** por Stan Laurel y Oliver Hardy.

**Esmeralda, la zingara,** por Charles Laughton y Maureen O'Hara.

**Tarzán y la Diosa,** por Herman Brix.

**La quimera del oro,** por Charlot.

**Hace un millón de años,** por V. Mature, Carole Landis Lon Chaney, Jr.

**El alegre bandolero,** por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.

**Texas,** por William Holden, Claire Trevor.

**El hijo de la furia,** por Tyrone Power, Gene Tierney, etc.

**La tia de Carlos,** por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.

**Sendas siniestras,** por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.

**¡Qué par de locos!,** por Stan Laurel y Oliver Hardy.

**Guadalcanal,** por Preston Foster y Lloyd Nolan.

**Jack, el destripador,** por Merle Oberon, George Sanders y Laird Cregar.

**Precio 1 pta.**

---

**Ciudad de conquista,** por James Cagney y Ann Sheridan

**El cielo y tu,** por Bette Davis y Charles Boyer

**La ninfa constante,** por Joan Fontaine y Charles Boyer.

**Mi reputación,** por Bárbara Stanwyck, George Brent, etc.

**Arsénico por compasión,** por Cary Grant

**Precio 1'50 ptas.**

---

**Tres grandes éxitos Warner Bros en EDICIONES ESPECIALES**

**Casablanca · Oro, amor y sangre - El último refugio** - En breve: **Vuelta al abismo**

**Precio: 3 ptas.**

EXITO EXTRAORDINARIO DE

# JORGE NEGRETE

EN

**El peñón de las ánimas**
**El rebelde**
**Me he de comer esa tuna**
**Hasta que perdió Jalisco**

**Numerosas fotos** **Todas sus canciones**

---

EDICIONES BISTAGNE publica siempre
las mejores novelas cinematográficas

Cubierta I. G. J. BOLER
Providencia, 10 - Barcelona